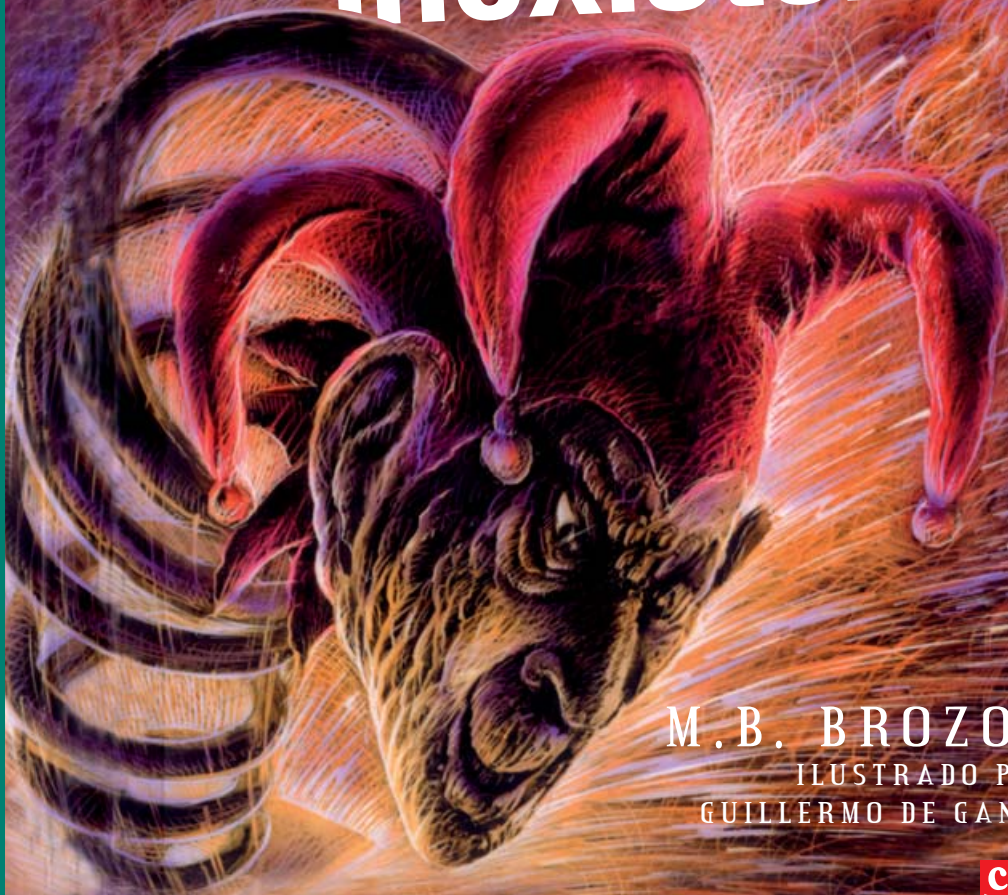


# Odisea por el espacio inexistente



M. B. BROZON  
ILUSTRADO POR  
GUILLERMO DE GANTE







# Odisea por el espacio inexistente

A LA  
ORILLA  
DEL VIENTO



Primera edición, 2000  
Undécima reimpresión, 2020

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

---

Brozon, M. B.

Odisea por el espacio inexistente / M. B. Brozon ; ilus. de Guillermo de Gante. — México : FCE, 2000  
198 p. : ilus. ; 19 × 15 cm — (Colec. A la Orilla del Viento)  
ISBN 978-968-16-6149-6

I. Literatura infantil I. Gante, Guillermo de, il. II. Ser. III. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 B262o

---

*Distribución mundial*

© 2000, Mónica B. Brozon, texto  
© 2000, Guillermo de Gante, ilustraciones

D. R. © 2000, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)  
Comentarios: [librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com](mailto:librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5449-1871

Editor: Daniel Goldin  
Diseño: Joaquín Sierra Escalante  
Dirección artística: Mauricio Gómez Morin

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6149-6 (rústico)  
ISBN 978-607-16-2255-6 (electrónico-epub)  
ISBN 978-607-16-2555-7 (electrónico-mobi)  
ISBN 978-607-16-3637-9 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

# Odisea por el espacio inexistente

M. B. BROZON



*ilustrado por*  
GUILLERMO DE GANTE

 FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA



## PRIMERA PARTE

# Capítulo 1

◆ “¿QUÉ PUDO haber pasado?”, se preguntaba Andrés sin alcanzar a explicárselo cuando escuchó el timbre de salida. Después de una historia académica completamente limpia, ahora llevaba a casa dos números rojos, uno en música y otro en matemáticas. Mientras caminaba hacia su casa con la cabeza gacha y unas lágrimas resistiéndose a salir de sus ojos, recordó el día de los exámenes; cómo se confundió con los quebrados y se quedó mirando el papel, incapaz de resolver nada, y cómo después, nervioso por el fracaso de ese examen, tampoco pudo tocar *Claro de Luna* con su flauta. Sus dedos se movían de acuerdo con las notas, pero no logró sacar el menor soplo, provocando en la maestra un gesto de furia y en sus compañeros sonoras carcajadas. Andrés era el único de la clase a quien le preocupaba reprobado esa materia, porque su papá era músico.

La única triste sonrisa que esbozó Andrés durante todo el re-

greso fue cuando pensó en Isabel. Ella también había reprobado y tampoco solía hacerlo. No fue esto lo que lo hizo sonreír, sino que tuvieran algo en común, aunque fueran unas reprobadas. Andrés estaba enamorado de ella, incluso habían sido novios a principio de año, pero Isabel lo cortó por haber atrapado a otra jugando “Atrapados” en algún recreo.

Andrés palpó en su bolsillo la hojita que decía: “*Andrés, no te preocupes mucho; estas cosas pasan. Isabel*”. El papel estaba un poco húmedo a causa del sudor de sus manos, y el nerviosismo lo acompañó hasta la puerta de su casa, adonde llegó con los ojos hinchados y la nariz roja.

Por lo menos era viernes y su papá tenía ensayo, de modo que no llegaría hasta después de las siete. Andrés cruzó los dedos deseando no toparse con nadie en el camino a su cuarto, pero al entrar lo primero que vio fue a su hermano Tomy, que jugaba en el pasillo con unos cubos.

–Pareces tomatito, por rojo y cachetón –le dijo sonriente.

El comentario no le hizo ninguna gracia. Subió a su cuarto cabizbajo y en silencio.

Después de comer se sentó a estudiar con muchas ganas, pero, entre la preocupación y el berrinche, se había cansado tanto que se quedó dormido sobre el libro de geografía, dejando una gran mancha de baba en el mapa orográfico de México. Entonces tuvo un sueño muy raro: soñó que llegaba su papá y encontraba la boleta de calificaciones que él había escondido en el congelador. Al principio confundía la boleta con un hielo y lo sumergía en su bebida; pero al darse cuenta de que su hielo era una prueba de la ignorancia de su hijo, montaba en

cólera y lo ponía a trabajar de pisapapeles –lo cual llegó a ser muy angustiante–, hasta que Andrés despertó sobresaltado. Gotas de sudor escurrían por sus sienes. El reloj marcaba las seis cuarenta y tres. Todavía sin haber despertado del todo, decidió que era preferible no enfrentar a su papá. Vacío su mochila con rapidez, dejando únicamente la flauta y el cuaderno de matemáticas, y metió un juego de pants. No le cupieron sus tenis, pero como no tenía tiempo de ponerse a pensar en lo ridículo que se iba a ver con pants y zapatos, los arrojó a un lado de la cama y salió de su cuarto de puntitas. Su mamá estaba en el cuarto de Tomy, ayudándolo con la tarea. Andrés tomó de la alacena dos latas de atún, algunas galletas y un yogurt, y con eso emprendió el camino no sabía a dónde. Era la primera vez que escapaba de su casa, y su corazón latía tan rápido como cuando tomó su boleta de manos de la directora.

Caminó durante un rato, con un enjambre de pensamientos en la cabeza que le impidió sentir el paso del tiempo. Cuando se dio cuenta ya había oscurecido por completo y sintió algo de miedo. Se sentó en la banqueta y casi sin quererlo empezó a escuchar la voz de su conciencia, que le decía que reprobar no era tan malo, que a muchos del salón les pasaba y a ninguno lo habían puesto a trabajar de pisapapeles. Le recordó que su papá no era un mal tipo y las más de las veces tomaba las cosas con calma. Y por último, su conciencia le dijo que un pisapapeles de su tamaño era totalmente impráctico. Andrés sintió ganas de regresar a su casa y escaparse otro día, más temprano. Resuelto, volvió a andar por el mismo camino que lo había llevado hasta ahí.





Algunas cuerdas antes de llegar a su casa, Andrés empezó a sentir cansancio. Tanto, que tuvo que sentarse de nuevo. Su reloj marcaba las ocho y media. Pensó que al llegar a su casa no sólo lo regañarían por reprobar materias, sino también por salir sin avisar y regresar tan tarde.

De pronto, un par de individuos enormes que parecían haber salido de la nada interrumpieron sus preocupaciones. Andrés quiso salir corriendo, pero las piernas no le respondieron. No podía ver sus caras, pues estaban cubiertos con gabardinas y sombreros. A pesar del miedo que para entonces lo había invadido por completo, Andrés no pudo correr ni moverse; sus ojos estaban a punto de cerrarse. Sólo alcanzó a oír que uno le decía al otro con voz tipluda:

—¿Es éste?

Y que el otro le contestaba con una voz parecida:

—Sí, es éste.

Entonces se durmió profundamente. ◆

# Capítulo 2



◆ –¿Y QUÉ diantres es esto? –escuchó Andrés cuando el sueño que lo había invadido empezaba a esfumarse. Era la voz aguda que antes había preguntado si él era él.

–Pues lee, zonzo –contestaba el dueño de la otra voz–: A...T...Ú...N.

Andrés dedujo que esculcaba su maleta y, aunque estaba realmente aterrorizado, no podía permitir que un par de gorilas con voz de soprano lo despojara de sus escasas provisiones; sin embargo no pudo hablar: estaba amordazado. Sintió ganas de echarse a llorar, pero comprendió que no era buen momento para eso. Hizo un esfuerzo por tranquilizarse y tratar de adivinar dónde estaba. Sus ojos se fueron acostumbrando a la falta de luz, mientras seguía escuchando las vocecillas que provenían de un lugar al que su mirada no tenía acceso.

–El atún sabe muy mal, a fierro –dijo uno.

–¡Ah, pero qué torpe eres, primero tienes que sacarlo de la lata! –respondió el otro. Andrés casi sonrió.

Poco a poco logró definir su entorno. Era un cuarto muy amplio: paredes de ladrillo, algunas ventanas muy altas y una puerta de metal en la pared que estaba frente a él. En el espacio que alcanzaban sus ojos encontró una mesa, un par de sillas además de la que él ocupaba, y una vitrina en la que había, bien acomodados, seis envases de leche comunes y corrientes, como los que compraban en su casa, y una licuadora. Como la mordaza le impedía hablar, hizo ruidos quejumbrosos:

—¡Mmmmh, mjfhfh!

Andrés se sorprendió cuando acudieron a su llamado. Él esperaba ver a los fortachones que lo habían atrapado, pero en su lugar aparecieron dos hombres más bien chaparros, uno gordo y otro flaco, sin gabardinas ni sombreros. El gordo era calvo y, al contrario, el delgado tenía una buena mata de cabello recogido hacia atrás en una trenza. Ambos sonreían, ofreciendo un aspecto totalmente inofensivo.



–Ya se despertó el nene –dijo el de la trenza, que traía la mochila de Andrés colgada en un hombro.

–¡Mmmmh, fhnxhfg! –siguió gimiendo Andrés. Al ver que sus captores no parecían malos se tranquilizó un poco, aunque creía reconocer las mismas voces de los hombres de la gabardina. El pelón se le acercó y desamarró la mordaza. Cuando tuvo libre la boca, a Andrés se le olvidó lo que iba a decir y sólo se les quedó viendo con ojos sorprendidos.

–¿Tienes hambre, Andrés? –preguntó el pelón, con una inexplicable familiaridad.

–¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me trajeron aquí?

–Uy, pequeñín, haces muchas preguntas –contestó el de la trenza–. Sabemos muchas cosas de ti. Cosas que ni te imaginas...

–Cosas que ni tú mismo sabes –interrumpió el otro para concluir.

Como no entendía nada prefirió contestar la pregunta que le hicieron al principio.

–Tengo mucha hambre.

–¡Magnífico, hagamos el almuerzo! –dijeron ambos personajes a coro. Andrés miró con incredulidad la preparación del “almuerzo”. El hombre de la trenza abrió una de sus latas de atún y vació el contenido en la licuadora; agregó cuatro galletas, vertió la mitad de un envase de leche y accionó el aparato. Después sirvió en un vaso el espeso licuado y se lo ofreció a Andrés con una gran sonrisa.

–No, gracias.



–Pero ¿por qué no? –preguntó decepcionado–. ¡Todas estas cosas te gustan!

–Sí, pero por separado.

–Oh, bueno, ya que no lo quiere, nos lo podemos tomar nosotros –dijo el gordo, quien había estado observando la preparación del brebaje con mucho antojo. Así lo hicieron, y cuando terminaron de beber se sentaron frente a Andrés con cara de satisfacción.

–¿Pueden darme mi yogurt? Está en mi mochila –Andrés, aunque no tanto como para tomarse el licuado, sí estaba muy hambriento. El de la trenza le dio el yogurt.

–¿Dónde están los hombres que me trajeron?

–Pues aquí frente a ti –el gordo hizo una reverencia.

–Eso no puede ser: aquellos eran grandotes y ustedes son... –Andrés se apenó y titubeó.

–¿Chaparros? –lo ayudaron hablando al unísono. Él asintió.

–Son nuestras gabardinas –el de la trenza habló risueño.

–Es que son especiales –explicó el gordo–. ¿Quieres ver?

–Bueno –Andrés trató de ocultar un poco su entusiasmo para que no creyeran que era un ingenuo.

Como niños chiquitos que van a enseñar un juguete nuevo, corrieron a descolgar sus gabardinas de un perchero que estaba al lado de la puerta, y se las pusieron.

–Mira –dijo el calvo–, te la pones...

–... y te abrochas todos los botones hasta llegar al primero, que es el importante –continuó el otro.

Al abrochar el primer botón, las gabardinas se inflaron como lanchas de playa, hacia arriba y hacia los lados, dejando al par de pequeños individuos con apariencia de guaruras de primera.

—¡Es fantástico! —exclamó Andrés, sin darse cuenta de que tenía la bocota abierta—. ¿Cómo le hicieron? ¿Puedo probarme una?

El calvo asintió, se desabrochó el primer botón y de inmediato recuperó el aspecto inocente que en realidad tenía. Andrés se enfundó en la gabardina. Se abrochó todos los botones menos el primero.

—¡Vamos, termina! —pidieron ambos.

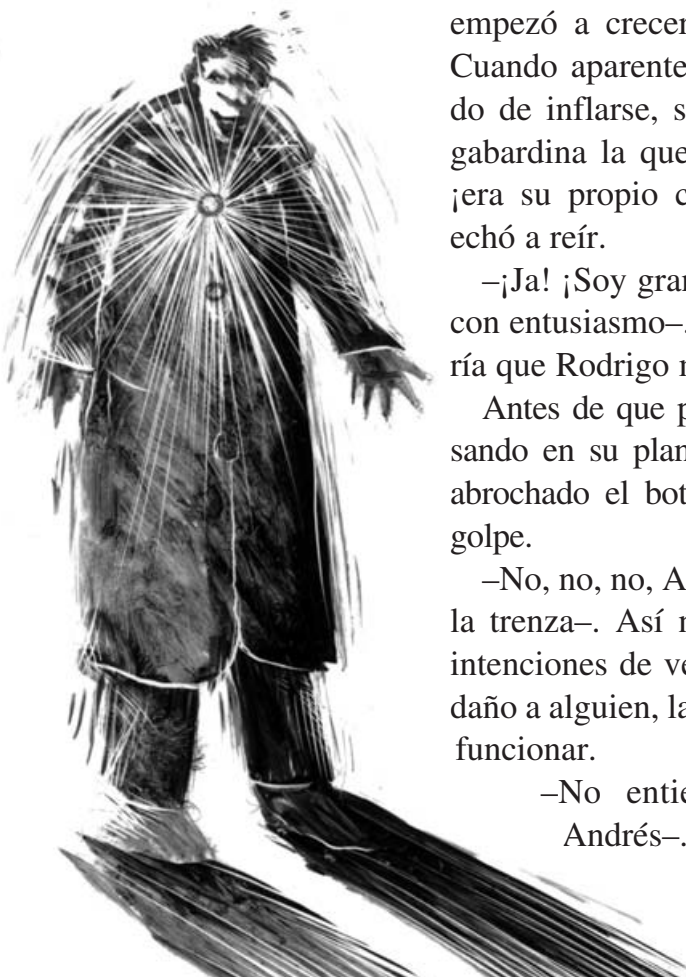
La sensación fue extrañísima; empezó a crecer, crecer y crecer. Cuando aparentemente había dejado de inflarse, se miró. No era la gabardina la que se había inflado, ¡era su propio cuerpo! Andrés se echó a reír.

—¡Ja! ¡Soy grande y fuerte! —dijo con entusiasmo—. ¡Cómo me gustaría que Rodrigo me viera así...!

Antes de que pudiera seguir pensando en su plan, y sin haber desabrochado el botón, se desinfló de golpe.

—No, no, no, Andresín —dijo el de la trenza—. Así no sirve. Si tienes intenciones de vengarte o de hacer daño a alguien, la gabardina deja de funcionar.

—No entiendo —argumentó Andrés—. Ustedes, cuando



me secuestraron, las tenían puestas, y supongo que no se desinflaron.

–No digas secuestrar, es una palabra muy fea –dijo el calvo.

–Además, nosotros te tenemos aquí por una causa noble –siguió el otro.

–Bueno, pues estaría bien que me lo explicaran, porque todo esto me parece muy extraño y no me está gustando nada. –Andrés se mostró molesto mientras se quitaba la gabardina.

En ese momento se oyó una risa que no pertenecía a los hombres que estaban frente a él. Andrés miró hacia todos lados tratando de encontrar al que reía.

–Es el Jefe –dijeron los de la gabardina en un murmullo.

–A ver, jovencito –aquel vozarrón parecía venir del aire–. ¿Cómo que esto no le está gustando nada? ¿Está seguro de que eso es verdad?

–E-e-est-e –Andrés tartamudeó: lo que había dicho no era muy cierto–. Bue-bueno, me está gustando poquito.

–No trate de engañarnos –prosiguió la voz–. Nosotros lo conocemos bien. Ha estado en nuestros planes durante mucho tiempo, hasta ayer, que finalmente pudimos traerlo aquí.

–¡Ayer! –exclamó Andrés alarmado–. ¡Cielos, no me di cuenta de todo lo que dormí! ¡Mis papás han de estar preocupadísimos!

–Lo están, no lo dude. Pero la misión que vamos a asignarle es mucho más importante que la congoja de sus padres.

–¿Una misión? ¿De qué hablan?

–Usted fue escogido para cumplir una misión, la cual le explicaremos mañana con todo detalle –contestó el Jefe.